

MARIANO FERNANDEZ DE ECHEVERRIA Y VEYTIA

Nació en la ciudad de Puebla el 16 de julio de 1718. Murió en la misma ciudad el 24 de febrero de 1780.

Autor de la *Historia de la fundación de la Ciudad de la Puebla de los Angeles en la Nueva España, su descripción y presente estado* (terminada hacia 1779, pero impresa sólo hasta 1931); *Historia Antigua de México* (impresa en 1836); *Baluartes de México: Historia de las cuatro milagrosas imágenes de la Virgen María, que se veneran a los cuatro vientos de la Ciudad de México, con la descripción de sus santuarios*; escribió varias obras religiosas, descripción de diversas instituciones culturales y de beneficencia que se conservan en la Sección Latinoamericana de la Universidad de Texas, en Austin; tradujo las *Cartas Provinciales* de Pascal, así como otros escritos más relativos a la Compañía de Jesús.

Se han referido a él Francisco Sosa, *Biografías de mexicanos distinguidos*. México, Oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1884; XII-1115-8 p., p. 1066-1069; Fidel Solís en la introducción que hizo a la *Historia de la Fundación de la Puebla de los Angeles*, 2 v. Puebla, Talleres Labor, 1931; Alfredo Chavero, "Fernández de Echeverría y Veytia" *AMNAHE*, 2a. ép., t. II, 1905, p. 121-125; Enrique Juan Palacios, "Los estudios históricos arqueológicos de México, siglo XVIII, Boturini y Veytia, Gama y Clavijero" en *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, t. VIII, México, 1929, Buen trabajo, de carácter más general es el de Víctor Rico González, *Historiadores mexicanos del siglo XVIII. Estudios historiográficos sobre Clavijero, Veytia, Cavo y Alegre*. México, Instituto de Historia, 1949, 218-[2] p. Ricamente documentado como toda su producción el de José Torre Revello "Los manuscritos de Veytia y el origen de la colección de Fray Juan de la Vega", *R.H.A.* 55-56, 1963, p. 27-40.

Veytia, de origen poblano y de familia de juristas, realizó severos estudios, recorrió Europa, en donde trabó amistad con Boturini, cuya influencia historiográfica le hizo sentir. Tuvo a su alcance muy buenas fuentes, y aunque no toda su producción es pareja en cuanto a valor crítico, sí lo es en cuanto a información. Buena parte de sus trabajos permanecen inéditos. Su *Historia Antigua* no se editó sino hasta 1836 y hubo en 1944 otra por la Editorial Leyenda en México.

Angel Ma. Garibay K. en *Los Historiadores del México Antiguo en el Virreinato de la Nueva España*, México, Cuadernos Americanos, 1964, 29 p., le dedica una parte del mismo.

Fuente: Mariano Fernández de Echeverría y Veytia. *Historia de la fundación de la Ciudad de la Puebla de los Angeles en la Nueva España. Su descripción y presente estado*. 2 v. Puebla, Talleres Labor, 1931. I-201-226.

PUEBLA DE LOS ANGELES

Aunque se niegue el asenso a la tradición común y recibida del misterioso sueño del Señor Dn. Fr. Julián Garcés, para la elección del sitio de la Ciudad de los Angeles, no se le puede racionalmente negar el acierto; porque difícilmente se hallará otro con iguales proporciones y circunstancias que las que concurren en éste, para fundar una población en que su vecindario pueda vivir sano, cómodo y fácilmente proveído de cuanto se necesita, así para alimento, como para vestuario. Está situada la Ciudad en una hermosa vega llana y con un suave declivio al río que ahora llaman de San Francisco, en el que fácilmente descarga así las aguas llovedizas por copiosas y abundantes que sean, como las de los derrames de sus fuentes y casas por atarjeas subterráneas para su limpieza. Su altura de polo según los cálculos más modernos es de 18 grados y 58 minutos y 271 grados de longitud, al Sudoeste de la Ciudad de México en 22 leguas de distancia y casi al Poniente respecto del Puerto de Veracruz en distancia de 62 leguas. Está rodeada de hermosos y espaciosos llanos que la sirven de ejidos para los ganados de su abasto. Entre el casco de la Ciudad y los barrios de Xanetla, el Alto de Analco corre el dicho río de San Francisco, casi de Norte a Sur, hasta juntarse con el caudaloso río Atoyatetl, que quiere decir río de piedras, el cual corre más profundo, sin poder servirse de sus aguas, dentro de la Ciudad, pero sin que puedan tampoco perjudicarla. Este rodea la ciudad por la banda del poniente y se junta con el otro a poco más de un cuarto de legua de la población en el pago que llaman de Amatlán y por la parte de oriente, caudaloso llamado Atlacececan, que quiere decir agua dividida, porque se divide en dos brazos que vuelven luego a unirse.

De cada uno de ellos daré razón individual adelante.

Las hermosas llanadas que rodean la Ciudad están circunvaladas de montes y cerros, aunque a desiguales distancias. Los más inmediatos a ella son dos cerros, cuyas faldas se extienden hasta su planta, que entre uno y otro se asienta; el uno al Este y el otro al Noroeste que la sirven de atalayas, desde cuyas cumbres se registran todas las campiñas y pueblos de sus contornos en más de cuatro leguas de distancia, ofreciendo a la vista un delicioso país. El de la banda del Este es conocido por el Cerro de Bethlem y el de Noroeste por el de San Juan, uno y otro pelados y sin arboleda alguna al día de hoy, pero en lo antiguo y cuando se fundó la Ciudad parece que la había

con abundancia, porque en la información que se hizo el año de 1534 para dar cuenta al Rey de que ya hice mención en el capítulo pasado, dice la pregunta tercera del interrogatorio de esta suerte: "Ytem si saben, que el asiento de esta Ciudad es "tierra tiesa y llana... tiene muy grandes pastos, é montes para ganados"; tiene de leña mucha "abundancia a media legua". En el libro No. 4, pág. 226 se halla una ordenanza de la Ciudad, para que ninguna persona dentro de dos leguas de ella a la redonda, pudiese cortar en el monte pie de encino o roble, sin dejarle perdón y horca y esto no pudiera verificarse, si no hubiese habido leña y maderas en estos cerros y por todo el contorno de la Ciudad en dos leguas de distancia, porque los montes que hoy la tienen y de donde se trae a ella están a dos o tres y cuatro leguas de distancia. A éste se agrega la tradición que nos afirma, que por las faldas del cerro de Bethlem que miran a la Sierra de Tlaxcala estaba todo poblado de arboleda, hasta unirse con la dicha Sierra.

Este Cerro de Bethlem es más encumbrado que el de San Juan, en lo antiguo le dieron el nombre de Cerro de San Cristóbal y se cree que se lo dio el Venerable Pedro Motolinía, en memoria del Niño Cristóbal, Indio de Tlaxcala, a quien martirizó su mismo padre por haberle quebrado sus ídolos y se dice que el dicho V. Padre trajo su cuerpo y está enterrado en la Iglesia del Convento de San Francisco. En su falda meridional se hizo la primer población, que hoy es barrio de la Ciudad, conocido por el Alto de San Francisco. En los tiempos posteriores se poblaron otros dos barrios, a uno y otro costado de este primero, el de Xanetla, más pegado al cerro y el de Analco, más al Sureste, sobre la misma ribera del río. Por donde más se extiende su falda es por la banda del Oeste, poblada de buenos pastos, por lo que desde el año de 1537 la destinó la Ciudad para ejidos, según parece de un acuerdo del día 23 de mayo del dicho año, que se halla en el libro 3 y por él se manda que corran los ejidos donde el cerro de la Ermita (que así le llamaban entonces, por la razón que diré adelante) derecho a la Sierra de Tlaxcala por el camino derecho, volviendo a la mano izquierda hacia Cholula, hasta la puente todo el río abajo hasta frontero del molino de Alonso Martín Partidor, todo en redondo; que son los mismos que tiene el día de hoy a excepción de algunos pedazos de tierra que ha mercedado y vendido en los tiempos posteriores. De estas mismas faldas sacan el barro de que se proveen los muchos alfarreros que trabajan en esta maniobra en el barrio de Analco,

que es uno de los ramos más crecidos del comercio de esta Ciudad, como diré en su lugar. También se saca de este cerro mucha piedra para la construcción de las casas y en su falda meridional están las famosas pedreras de fina cantería y piedra sillar, de donde se ha sacado toda la que se empleó en la fábrica de la Iglesia Catedral y en las demás Iglesias y edificios suntuosos, que veremos adelante. Finalmente nacen de este cerro varios ojos de agua de que se abastecen sobradamente los dichos barrios.

En la cima de este cerro hubo desde los primeros tiempos una Ermita, como se manifiesta por el acuerdo que acabo de citar del año de 1537 por lo que le dieron el nombre del Cerro de la Ermita; mas no es fácil averiguar la advocación que tuvo. Se cree que la fabricó el Padre Motolinía con el destino de que sirviese para enseñar la doctrina cristiana a los niños indios, que por este motivo la llamaron la Iglesia Catedral, que este nombre le da el Maestro de Novicios y Procurador del Convento de San Francisco, Fray Juan de Ulloa en una petición que presentó al Cabildo, en 19 de abril de 1591, sobre la merced de agua que se le había hecho al Convento, de unos manantiales que brotaban a la falda de este Cerro y se halla copiada en el libro número 12, a la hoja 180 y creen igualmente que al cerro le dio el mismo Padre Motolinía el nombre de San Cristóbal, en memoria del niño mártir de Tlaxcala, así para que bajo la protección de este feliz Niño, primicia de la fe en este nuevo mundo, se lograra con facilidad la instrucción de los párvulos, como para que los adultos, a vista de este heroico ejemplar de su misma Nación en tan corta edad, abrazasen de corazón la religión cristiana. Apoya este discurso el haberse encontrado pocos años ha inmediatos a la actual Iglesia, unos antiguos cimientos, que manifiestan haber sido de alguno de aquellos edificios, que en los primeros tiempos formaban los Ministros Evangélicos, para enseñar la doctrina cristiana, que eran semejantes en su figura a la que nos dan los autores del Areópago de Atenas; un circo de asientos, a cielo descubierto en que se colocaban los niños de doctrina, de suerte que en cualquier parte de él que se pusiese el maestro, le miraban todos y él los tenía a todos a la vista. No se sabe hasta que tiempo duró la primer Ermita, sólo sí, que por los años de 1580, con permiso de la ciudad fabricaron los indios vecinos del barrio del Alto la que ha subsistido hasta nuestros días, de que trataré en su lugar.

Al cerro del Noreste dieron los indios en su idioma el nom-

bre de Centepec, que quiere decir Cerro solo, porque lo es en realidad y aunque no perfectamente redondo, porque dilata más su falda hacia el Norte asienta toda su circunferencia en el llano sin unir con otro alguno. En las tierras que corren desde él al puente de Cholula, hizo merced la Ciudad el año de 1540 de tres caballerías de tierras a Gonzalo Hernández, por orden del Rey, que trajo para este efecto y en ellas fundó un rancho con el nombre de San Miguel Centepec, por lo que en los tiempos sucesivos llamaron también el cerro de San Miguel Centepec, y así se ve en una merced que hizo la Ciudad al mismo Gonzalo Hernández de otra media caballería de tierra contigua a las anteriores, en el año de 1546 en que ya era Regidor, que se halla a foja 248 vuelta del libro No. 5. También le llamaron el cerro de San Sebastián, por haberse dedicado a este glorioso mártir una Ermita que estaba a su pie y hoy es parroquia, y finalmente, quedó con el nombre de cerro de San Juan, después que la Ciudad hizo merced de él el año de 1598 a Gaspar de Jumera por sitio de una Ermita de la advocación de Nuestra Señora de Gracia y San Juan Bautista, según parece de un acuerdo que se halla a p. 46 del libro No. 13 con las precisas condiciones, de que para fabricar la Ermita había de impetrar las licencias del Señor Virrey y del Señor Obispo. Que la había de edificar dentro del término perentorio de cuatro años y que había de ser su fábrica sobre el modelo de la antigua Iglesia de San Cosme y de San Damián y que dejando de cumplir cualquiera de dichas condiciones fuese nula la merced.

Cumpliólas todas Gaspar de Jumera y en dos años quedó concluida la fábrica y viviendas que hizo labrar contiguas a ella, y de todo tomó posesión en 24 de agosto de 1600. Ya diré en su lugar, los motivos que tuvo el dicho Gaspar de Jumera para emprender esta obra, la estructura de esta Iglesia y sucesos posteriores que la hicieron memorable hasta nuestros días. Por ahora basta lo dicho, para saber el motivo que hubo para haberle mudado al cerro el nombre primitivo de Centepec los de San Miguel, San Sebastián y San Juan. En sus faldas se han hecho y hacen hasta nuestros días sementeras de trigo.

A dos leguas de la Ciudad, por el Nordeste, comienzan las dilatadas faldas de la famosa Sierra de Tlaxcala, pobladas de arboledas, que, como ya dije es tradición constante, que cuando se fundó la Ciudad se unían con las del Cerro de Bethlem.. De ellos se provee al presente de crecida cantidad de cargas de carbón y leña, cuarterones, tablas, tablones, morillos y algunas

otras maderas de corto calibre. En su espacioso terreno hay muchas haciendas de labor para siembras de trigo, maíz y cebada, de que entra en la Ciudad bastante provisión. Pero sobre todo, la sirve este gran promontorio, con enviarle por las veras de la tierra el prodigioso número de ojos de agua, así potables como termales y minerales, de que abunda la Ciudad de los Angeles, según veremos adelante, que todos tienen su origen de esta Sierra.

A siete leguas de la Ciudad, por el Lessueste, está el monte del Pinal, llamado así por estar poblado de pinos y más inmediatos a ella en distancia de poco más de una legua, por el Leste, están otros dos cerros llamados de Amaluca, por ser el uno de ellos perteneciente a la Hacienda de San Diego de Amalocan propia del Colegio del Espíritu Santo, que fue de los PP. Jesuitas. Si estos cerros en lo antiguo, como es muy verosímil, abundaron de maderas, el día de hoy están des poblados. Al pie de ellos nace una hermosa fuente, cuyas aguas claras y delgadas entran en la Ciudad, por haberlas conducido los dichos Religiosos, para proveer el expresado Colegio del Espíritu Santo como veremos en su lugar.

Al Sueste de la Ciudad, en distancia de poco más de cuatro leguas están los cerros de Cuautichan, pueblo muy numeroso, cuando entraron los españoles en este reino; pero al presente cortísimo y pobre y sujeto a la jurisdicción de la Ciudad de los Angeles. Sus cerros en lo antiguo muy poblados de encinos y otros árboles del país, al presente están muy destrozados, a causa del poco gobierno que han tenido en sus cortes y de lo tardío que son en retoñar los que se cortan, pero sin embargo se sacan de ellos algunas porciones de carbón y leña que entran en la Ciudad.

Más hacia el Sur, a una legua corta de la Ciudad, está el cerro de Tepexochitl o Tepexochitl, que en esto hay opiniones, dicen unos que su verdadero nombre es de Tepexochitl, que significa flor de hierro por ser mineral de plomo, a quien daban los indios el nombre genérico de Tepuchtli o Tepuztli, que significa metal que no es oro, ni plata y hoy aplican al hierro que entonces no conocían; otros quieren que el nombre verdadero sea Tepexochitl, que significa Cerro de Flores y este en la realidad le adapta más, porque está poblado de encinos chaparros y otros arbustos que producen sus florecillas silvestres que le hacen agradable a la vista.

A dos leguas de distancia, por la banda del Sureste, están los montes de Talcoxpan, el cerro de Tenayo y otra cordillera

de ellas, que corre hacia el poniente y llega a unir con el volcán de México y en los más de ellos hay copia de maderas para leña y carbón, de que entran por este lado muchas cargas todos los días, a causa de su inmediación.

El volcán de México y la Sierra Nevada, que llaman el monte de Tezmelocan, distan de la ciudad ocho leguas entre Poniente y Norte, son muy dilatados y abundantes de maderas y varias especies, de que se labran no solamente vigas de mucho tamaño, tablas y tablones gruesos, sino también se sacan muchas a propósito para coches y carros y otros artefactos que requieren maderas de otras especies que el pino. Uno y otro promontorio mantienen todo el año cubiertas de nieve sus cumbres, de donde con facilidad y poco costo se trae diariamente a la Ciudad, para la provisión del estanco que el Rey tiene en ella, de que se abastece su botillería.

Finalmente a la parte del Norte, en once Leguas de distancia está la gran cordillera de montes llamados de Tlaxco, que comenzando en las inmediaciones del Pueblo de Jalapa, corre más de cuatrocientas leguas, hasta las Provincias del Nuevo México, teniendo en algunas partes treinta leguas de travesía. En la porción de ella que posee el Obispado de la Puebla, hay muchas haciendas, y estancias de labor y ganados y en el territorio del pueblo de San Agustín Tlaxco, que está a la referida distancia, se cortan muchas maderas de varias especies para todos usos y menesteres, de que entra gran copia en la Ciudad.

*De la planta de la Ciudad, su situación,
dimensiones, calles y plazas.*

Habiendo ya visto el terreno que se eligió para fundar la Ciudad, pasemos a ver su estructura, situación y dimensiones en que habrá pocas que la igualen. No he hallado ni entre los papeles de la Ciudad, ni en los demás que he recogido para la formación de esta obra, documento alguno que me instruya, de quién fue el perito que delineó y planteó la Ciudad, y formó la traza y monte que se remitió a la Real Audiencia y sobre que se dio principio a la fábrica de sus edificios. La tradición común dice que fue uno de los pobladores nombrado Alonso Martín Pérez, a quien dieron el nombre de Partidor, por haber hecho el repartimiento de tierras y solares. Fuese pues él u otro, no puede negársele el acierto que publica la hermosa planta de la Ciudad, cuyas calles tiradas a cordel son todas de igual ancho, que es el de catorce varas y media. Está dividida

en cuerdas de a doscientas varas de largo y ciento de ancho comprendiendo cada una ocho solares de a cincuenta varas. El largo corre de noroeste a sueste y el ancho de nordeste a sudoeste, que son las cabeceras y así quedan rectamente sus cuatro ángulos al Sur y Norte, Levante y Poniente y de esta ventajosa situación proviene en mucha parte su bello temperamento. Su cielo es hermoso y regularmente claro y despejado y su suelo arenisco y sin molestia. Los vientos que más reinan son el norte y el sur, aquél regularmente sopla suavemente desde el amanecer hasta las diez del día y desde esta hora en adelante se cambia al Sur; pero en el verano, que es aquí el tiempo de las lluvias, vuelve a llamarse por las tardes al Nordeste o al Levante que es por donde frecuentemente vienen los aguaceros. No son en el invierno insufribles los fríos, ni los calores nimiamente molestos en el verano y aunque al principio creyeron sus fundadores que su clima era demasiadamente frío y por esto poco a propósito para las plantas de España, les hizo después la experiencia deponer su concepto y en una información que hicieron el año de 1534, para dar cuenta a S. M. del sitio, circunstancias y calidades de esta Ciudad, refieren la gran copia de árboles y plantas de Castilla que fructificaban ya en su distrito.

Esta benignidad de su temperamento proviene de su misma ventajosa situación, porque tiene al Poniente, ocho leguas de distancia del volcán y Sierra Nevada de México, que cubiertos todo el año de nieve, los vientos que por este lado soplan, templan el calor de los que vienen de tierra caliente, por el Sur y Sudoeste. Tiene al Norte, a poco más de cinco leguas de distancia la famosa Sierra de Tlaxcala, que la sirve de muralla a la violencia y frialdad de los vientos de este lado y aunque tanto en el invierno, por algunas nevadas, como en el verano por copiosos granizos, suele cubrir de nieve su copete, no le causa mayor perjuicio por lo muy inmediato. A la banda de Oriente tiene a veinte leguas de distancia el célebre promontorio y volcán de Orizaba, que se descubre perfectamente desde la Ciudad de los Angeles, por una abertura que forman los cerros que la circundan y por este cañón envía templados vientos levantes, que debieran ser calientes por venir de las tierras de Veracruz y costas del mar. Esta unión y templanza de extremos produce el bello temple de la Ciudad.

Está colocada en el centro de las Provincias más fértiles y mejor pobladas entonces de innumerable gentío de naturales y hoy de mucha parte de familias españolas, de las que han

pasado a estos Reinos y se han establecido en ellas. Porque al Norte tiene a la Ciudad de Tlaxcala, a siete leguas de distancia, cuyo territorio corre al Levante, hasta lindar con el de la Provincia de Tepeaca, cuya cabecera y Ciudad de este nombre le cae al Sueste en distancia como de nueve leguas. A poco más de ésta se halla la de Itzocan a la parte del Sur; casi al Poniente la de Chololan, a legua y media de distancia y a cuatro leguas la de Huexutzinco casi al Noroeste. Esto la hace sobradamente proveída y abundante de carnes, granos y frutas, así de la Europa como del país, así mismo de lanas y algodón, para las fábricas de las telas de que se visten los naturales y la gente pobre, de que hablaré cuando trate de su comercio. En las huertas de sus mismos arrabales, se siembra y produce bien el trigo, maíz, cebada y todo género de hortaliza y en todos ellos se cría y descolla bien la planta del maguey, de que extraen la bebida regional que llaman pulque. De todo esto hablaré más difusamente adelante, cuando trate de la fecundidad del territorio de esta Ciudad. En los principios era prodigioso el acudir de las semillas por ser tierras vírgenes nunca labradas y así afirma el Padre Betancur en su Teatro Mexicano, que de una fanega de trigo que sembró el V. P. Motolinía en el sitio en que hoy está la huerta del Convento de San Francisco, cogió cien fanegas y otros escritores hablan de algunas otras semejantes producciones, pero en el día no se ve ya esto, pues sin embargo del beneficio que gozan por la intermediación de la Ciudad, de poderlas majadear casi todos los años, pocos labradores cuentan haber tenido una u otra rara cosecha, que le haya producido a más veinte por una y lo regular es de diez a quince en no habiendo contratiempo.

El mayor largo de la Ciudad es de Noroeste al Sueste, incluso los barrios de San Sebastián y Analco y sus anexas, porque desde la Iglesia de San Matías, que es vista de San Sebastián, hasta las últimas casas del barrio de los Remedios, pertenecientes a Analco, se cuentan veintiuna cuadras de a 200 varas a que agregado el espacio de las calles que intermedian, será todo su largo el de 4504 varas y la mayor distancia en lo ancho 2490 varas desde el Convento del Carmen, hasta el de Santa Bárbara de Franciscanos descalzos. Por lo recto y derecho de su planta se extiende la vista de uno a otro cabo de la Ciudad, excepto en cuatro de sus líneas, por haber cerrado en ellas cuatro calles para las fábricas de los Conventos de Santo Domingo, San Francisco, San Agustín y la Compañía, pues aunque por el Concordato que dejo copiado al Cap. 7 se abrió

la calle en el terreno que habían tomado para su Convento, los Religiosos de San Francisco, que llamaron la calle de García de Aguilar, que corría de una y otra banda del río, después se cerró la parte de ella de la ribera del Poniente en la Plaza que llaman de San Francisco, para fabricar en su sitio la casa en que vivió el Señor Obispo Dn. Diego Romano, en el mismo que hoy ocupa la de Curtiduría de Dn. Luis Monforte, que tiene en lo alto una imagen de N.P.S. Francisco y aun dicen ser tradición que una reja de hierro, que está en uno de los balcones de particular hechura y labor, es la misma que sirvió cuando era Palacio Episcopal. Pero aunque esta calle está cerrada, en esta corta parte subsiste por la ribera oriental del río abierta y en corriente. La calle que llamaron de la Camacha fue la que se cerró para la fábrica del Convento de Santo Domingo, la que llamaron de Valiente, para el de San Agustín, y la de San Roque en los últimos tiempos para extensión del Colegio del Espíritu Santo. Esta última, por orden del Señor Virrey y la de Valiente con permiso de la Ciudad, y la de la Camacha por disposición del Señor Obispo Dn. Fr. Julián Garcés, que dio a sus Religiosos, para que labrasen su Convento, todo aquel sitio que estaba destinado para la Iglesia mayor y plaza, según consta de un acuerdo.

Todas las casas de la Ciudad son de muy buena fábrica y bastante fortaleza, a causa de la bondad de los materiales de que se fabrican y de la solidez del suelo, en que asientan sus cimientos. La mayor parte de las que ocupan el centro de la Ciudad en sus calles principales y contornos de la Plaza Mayor, tienen altos, y muchas de las que se han labrado en los últimos tiempos, tienen también entresuelos, con lo que se aumentan sus viviendas y hermosura y se logra mayor comodidad. Pero también quedan todavía algunas aún en los parajes más principales del centro de la Ciudad y en la misma plaza mayor, de estructura antigua y con balcones de palo que la afean mucho y aun en las calles más inmediatas a la plaza bastantes edificios bajos, que no dejan de servirle de lunares, acusando alguna falta de policía, aunque no imputable a sus Jueces y Regidores, pues me consta de propia experiencia, en las ocasiones que lo he sido, las dificultades que cuenta la ejecución de cualquier providencia de éstas por ligera que sea, en los edificios pertenecientes a Eclesiásticos y Comunidades, que en el día son los dueños de la mayor y mejor parte de ella.

La Plaza Mayor o principal tiene de largo doscientas diez

y siete varas y de ancho ciento veintiocho. La banda del Sudoeste la ocupa enteramente la fábrica de la Santa Iglesia Catedral con su espaciosa lonja, sobre gradas de cantería y bellamente solada de laja labrada adornada a proporcionadas distancias de unas pilastras de la misma cantería, sobre que asientan unos leones asidos de unas tarjetas en que están grabadas las armas de la Iglesia. La banda opuesta del nordeste la ocupan casas pertenecientes a los propios de la Ciudad sobre portales, formados de arcos de cantería, sostenidos de pilastras de la misma piedra; los arcos son 51, incluso el de en medio, que es de diversa arquitectura, cerrado en punta de diamantes y es el que da entrada al callejón que llaman de la carnicería. Tiene de claro seis varas y media de claro cada uno, todos iguales. A esta banda, en el ángulo del oriente están las casas consistoriales o de Cabildo de que ya he dado noticia.

Las dos fachadas del Noroeste y Sueste las ocupan igualmente casas de varios particulares y Comunidades, también sobre portales de arcos y pilastras de cantería, que saliendo de la línea de su cuadra, se avanzan seis varas a la plaza, en el claro que corresponde al ancho de sus calles laterales; el lado de Sueste tiene veintiséis arcos todos iguales, el de noroeste no tiene más que veinte y cinco y los siete que corren desde el ángulo del poniente hacia en medio son más bajos, porque, según parece, son los más antiguos fabricados con las casas a que pertenecen, desde el año de 1533 en los 18 pies que se le mercedaron a Alonso González a que pudo agregarse alguna parte del terreno que ocupaba la primitiva Iglesia, de que hablé en el capítulo 10. Las ocho calles que parten de la plaza por sus cuatro ángulos, corren rectas sin calle cerrada, ni otro estorbo que ocasione rodeo hasta fuera de la Ciudad, de suerte que puesto en cualquiera de sus ángulos, corre la vista por ellas hacia los cuatro vientos respectivos, hasta los extramuros y sólo en la que sale del ángulo del Sur para el Sueste, que llaman la calle de la Aduana Vieja, tiene al fin, ya para bajar al río, alguna cobertura hacia el Leste y un pequeño recodo en la casa del Regidor Dn. Agustín de Ovando y Villavicencio, por causa de la corriente del río.

En esta plaza se situó el año de 1557 la fuente principal y más copiosa, para el abasto de la Ciudad mas no en medio de ella, sino a un lado, inmediata a la fachada del sueste, dejando desembarazado el restante terreno para las corridas de toros y demás funciones públicas que se ofrecen. Corrió la fábrica de

esta fuente a cargo de Francisco de Reynoso, Alcalde Ordinario en el dicho año de 1557 y en él la comenzó y acabó, por lo que le concedió la Ciudad poner en ella un rótulo que dijese: "Esta obra comenzó y acabó Francisco de Reynoso siendo Alcalde"; era toda de cantería y tenía seis varas de diámetro, en su centro se levantaba una columna taladrada por donde subía la agua a la taza que sostenía vertiéndola por el pie de una estatua del Arcángel San Miguel que le servía de remate; ésta duró hasta el año de 1778 que se demolió, porque habiéndose hecho nueva toda la atarjea y cañería de la agua que viene a la plaza en los años 1775 y 1776, se determinó por la Ciudad hacer nueva la fuente y situarla en medio de la plaza, lo que efectivamente se ejecutó construyéndola el Mestro Mayor, Juan Antonio de Santa María, de muy buena fábrica con varios surtidores, por donde sale una prodigiosa cantidad de agua haciendo vistosos juegos, cuyo costo pasó de dos mil pesos y se estrenó la víspera de San Juan 23 de junio del año de 1777.

Inmediato a la antigua fuente, por el lado de la plaza, se colocó el año de 1760 una pirámide que erigió el noble gremio de Platería, con motivo de la exaltación al trono del Rey Nuestro Señor Dn. Carlos III que se juró en esta Ciudad el día 20 de junio de este año. Sobre un zócalo de cantería de vara y tres cuartas de alto y cinco vs. en cuadro, asienta sobre una base de la misma materia pulidamente labrada de cuatro varas de alto y cerca de tres en cuadro que presenta en sus cuatro fachadas otros tantos escudos ovalados de mármol de tecali, en que están grabadas las inscripciones que pondré adelante; desde ella se eleva la pirámide de cuadrado en su natural disminución hasta la altura de otras veinte y tres varas, coronando su cúspide una estatua pedestre del Rey Nuestro Señor sobre almohada que le sirve de plinto, que incluso ésta y la corona se acerca a dos varas y tercia de alto, de suerte que desde el plan hasta la corona, el alto de este obelisco pasa de treinta y una varas.

Aunque se comenzó esta obra el dicho año de 1760, no se concluyó hasta el de 1763, que en el día de San Carlos, nombre de S. M. 4 de noviembre se colocó su Real estatua después de la misa de gracias, con asistencia de la nobilísima Ciudad, repetidas salvas de fusilería y el mayor aplauso; llegó su costo a un mil novecientos pesos.

A más de la plaza principal hay otras trece dentro del plan,

o traza de la Ciudad, sin hablar de los arrabales, que son las siguientes: I. La de San Luis, cinco cabeceras distante de la mayor hacia el Nordeste, es corta y tiene poco más de setenta varas en cuadro, en ésta se vende la leña y carbón. II. La de San Antonio, al mismo viento, que tiene 150 varas de largo y poco menos de ancho, aunque no en cuadro perfecto; tiene en medio una buena fuente que se abastece de los derrames del Convento. III. La de Señor San José, al nordeste de la principal, que en lo antiguo fue Alameda, para la cual asignó la Ciudad tres cuadras en 6 de junio de 1625, según parece de la foja 268 del Lib. No. 16 por no haber parecido a propósito los sitios en que antes se había pensado colocarla, primero entre el Carmen y Santiago y después entre el Convento de la Merced y el obraje que llamaron de Tapia y efectivamente se plantó en este lugar para que la circundase la acequia de la agua del río de San Francisco, que comienza desde el ángulo del Norte de dicha plaza o alameda por medio de una gran presa que allí se hizo al río desde los principios de la fundación; no fue frecuentada por estar muy retirada y con haber la Ciudad quitado al Alcalde de la Alameda para ahorrar el gasto del sueldo que le daba, por parecerle superfluo, se arruinaron los árboles. Sin embargo yo alcancé en mi niñez bastantes de ellos y subsistieron algunos hasta el año de 1769 que se arrancaron y se allanó para hacer en ella una corrida de toros, por fines de enero de dicho año. Tiene 350 varas de largo y 224 de ancho y en medio una gran fuente, de que se provee aquel vecindario. IV. La de San Francisco, al Oriente, que en lo antiguo llamaron la Plazuela de Peña, por haber tenido en ella su banco un herrador llamado Florián de Peña. En ella se hacían y se hacen las ferias y mercados de caballos y mulas. Era antes muy espaciosa, pero el año de 1760 se fabricó allí el Coliseo, que ocupa una gran parte y así en el cuadro que forma, tiene hoy cerca de setenta varas, extendiéndose después hacia el nordeste a unir con otra. V. Que antiguamente llamaron la de los carros, que tiene 200 varas de largo y 130 de ancho. VI. La de San Roque, inmediata a la de San Francisco, al Sueste de la principal que tiene 128 varas de largo y más de cincuenta de ancho, pero este terreno está mercedado por la Ciudad a un particular de tiempo muy antiguo, y por no haber fabricado en él se ha quedado hecho plaza y a pedimento de los vecinos de aquel cuartel de la Ciudad se ha puesto en medio una fuente con la piedra que se quitó de la plaza, de muy graciosa estructura, que se estrenó

y comenzó a correr por ella la agua el día de San Miguel, 29 de septiembre de 1778. VII. La Plazuela de los sapos, casi al sur de la principal, que es de figura irregular, más larga que ancha y la atraviesa a lo largo la acequia de la agua que se toma del río de San Francisco. IX. La del Carmen al sudoeste de la principal, que tiene 140 varas en cuadro, la que también ha servido para corridas de toros, hoy está poblada de arboleda y tiene en medio una buena fuente para provisión de aquel vecindario y así hace veces de alameda y sirve para paseo. X. La de la Concordia o Santa Inés (que uno y otro nombre le dan por estar en ella entrambas Iglesias) y cae casi al mismo viento, tiene 64 varas en cuadro y en medio una buena fuente. XI. La de San Agustín, casi al poniente de la principal, llamada en lo antiguo la Plazuela de San Hipólito; unos dicen que tomó este nombre de un obraje que hubo en ella en los primitivos tiempos, pero otros mejor informados, dicen que le tomó de una Capilla dedicada a este Santo que había en el Convento de San Agustín que aún existe, destinada al presente para troje y harinero a la cual venían a oír misa y contarse los días de fiesta los Indios del Barrio de Santiago, a quienes administraban los Augustinos con título de doctrina, mientras no tuvieron Iglesia en su barrio; esto es lo más cierto y que el obraje tomó el nombre de Plaza que en los documentos de la Ciudad hasta el año de 1550 en que se trasladaron a este sitio los Augustinos sólo se llama el Tianguis grande y del año de 50 en adelante que ya habían edificado la dicha Capilla, le llaman el Tianguis de San Hipólito; sus dimensiones son 160 varas de largo y 128 de ancho; también tiene en medio una fuente. XII. La de Nuestra Señora de Guadalupe, al Noroeste, de las mismas dimensiones y con fuente en medio para socorro de aquel vecindario. XIII. Finalmente, al Sueste, a una cuadra de distancia de la plaza mayor está otra placeta corta delante de la Iglesia del Espíritu Santo, conocida por la Plazuela de la Compañía, la cual se hizo el año de 1588, de orden del Señor Virrey Marqués de Villa Manrique, por un mandamiento que se halla copiado en el libro 12 en que se ordena se desbarate una casa que pertenecía al Regidor Juan Barranco y se tome de un sitio lo necesario para la Placeta. A estas se agregan otras varias en los arrabales, de las cuales la de Santiago es muy buena; tiene 70 varas en cuadro y en medio una hermosa y copiosa fuente. No le cede en bondad y abundancia, la que está en la Plaza de la Parroquia del Santo Angel, aunque esta plaza, sin embargo de ser muy espaciosa,

no es llana, sino en pendiente a la misma ribera del río. En el Alto de San Francisco, detrás del Convento, hay otra Plaza espaciosa que se dice haber sido la que se trazó en la primer población de este barrio. Delante del mismo Convento de San Francisco, entre él y el puente, hay otra plaza. Otra hay delante del Convento de Dominicos de San Pablo, que antiguamente llamaban el Tianguillo y otra que no es pequeña delante de la Iglesia Parroquial de San Sebastián.